

## ALGUNAS APROXIMACIONES A LA NOVELA HISTORICA

---

*Julián González Zúñiga*

**H**ay una afirmación que podría ubicarnos en el tema de este debate: toda novela es historia, pero no toda novela es histórica. Para aclarar esta conceptualización diremos, en primer lugar, que la novela cuenta una historia, es decir, su narración se sustenta en una historia; o bien, que todo texto narrativo tiene como fundamento una historia contada. Y la Historia (1) como ciencia social, ¿no se basa en el recuento de hechos ocurridos que en sí mismos constituyen una historia que luego es contada? El punto clave parece focalizarse en un sujeto que cuenta, válido para la novela y también para la Historia. Este sujeto, sin embargo, no es una entidad tan simple, sino una voz que se convierte en muchas voces (polifonía) y en este procedimiento su propia identidad, como artista o como historiador, adquiere matices diversos y, a veces, ambiguos.

Por un lado, el novelista, ese sujeto creador de historias de ficción referidas a la realidad, o sea, un inventor de historias, según un mecanismo particular (la técnica narrativa), utilizando un lenguaje literario (la metáfora), donde los hechos reales adquieren una dimensión nueva y distinta, pero verosímil. Por otra parte, el

historiador, un ser que investiga, hurga en los hechos del pasado a partir de fuentes establecidas, las cuales se concretan en documentos, hallazgos arqueológicos, obras materiales, cartografía, testimonios. El valor monumental de estas fuentes permite a la Historia reconstruir la imagen de un referente y, a su vez, crear la brecha entre realidad histórica y ciencia histórica, lo cual nos va a enfrentar al problema de su objetividad. Entre tanto, la literatura, que también reescribe historia, juega con la imagen de un referente y la objetividad deja de ser un problema. Sin embargo, la Historia como disciplina no parece totalmente objetiva desde el momento en que el historiador, en su oficio, escoge, selecciona, omite, interpreta la información proveniente de las fuentes, al punto que plantea como verdad lo que es así para él.



Verdad y verosimilitud, dos palabras que podrían marcar la diferencia esencial entre la Historia y la literatura, respectivamente, sobre todo la literatura realista que es el campo donde surge la novela histórica. El tema de la verdad lleva inexorablemente a considerar la brecha entre realidad histórica y ciencia histórica, y a tratar el problema de la objetividad de la Historia, a lo cual hacíamos mención líneas atrás. La literatura, en cambio, parece exenta de este requerimiento de objetividad ante la realidad. A diferencia de la actividad histórica, la creación literaria recrea la realidad, es decir, presenta una versión de esa realidad que tiene como referente lo concreto, creando así una nueva realidad determinada por factores

como: la visión de mundo del sujeto creador, el género literario, el espacio y el tiempo que, en conjunto, son las condiciones inherentes a la obra literaria desde su génesis hasta convertirse en producción social.

Entonces, lo que es verdad para los historiadores es lo que plantea la Historia, no así la novela histórica, la cual más bien ficcionaliza la Historia, por tratarse de una construcción (creación) donde lo verdadero y lo no-verdadero (lo imaginario) se dan a la vez. Como lo histórico involucra el tiempo, la memoria opera como un elemento fundamental para leer el momento como texto. Sin embargo, no es este el caso de la novela testimonial, donde el autor es testigo, contemporáneo de la Historia y la distancia con respecto al hecho histórico no tiene lugar. Ejemplos de esta categoría los constituyen obras como: **La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile**, de García Márquez; **Mamita Yunai**, de Carlos Luis Fallas; **Los sonidos de la aurora**, de Carlos Morales. En cambio, podemos considerar novelas históricas muchas de las que se han producido en América Latina, como **Yo el supremo**, de Roa Bastos y **Durante la reconquista**, de Blest Gana, solo para citar dos novelas históricas de carácter más tradicional.

En la construcción de la novela histórica pueden encontrarse reminiscencias de la épica, al exaltar valores de un pueblo; de la crónica, por los detalles de hechos ocurridos o de personajes que existieron; de los anales, por la importancia de los sucesos; y también de las memorias. Según el español Juan Goytisolo, para Carlos Fuentes, Historia y literatura se confunden, queriendo decir con esto que la Historia puede ser leída como literatura y viceversa; Fuentes, precisamente, es autor de una novela sobre la historia de la conquista de América o Nueva España, titulada **Terra nostra**. Este tema ha sido objeto de otras obras del mismo género como **El entena-do**, de Juan José Saer; **Asalto al paraíso**, de Tatiana Lobo; **El burdel de las Pedrarias**, de Ricardo Pasos.

Un gran escritor que ha mostrado su predilección por la novela histórica es Alejo Carpentier, con obras

como **El reino de este mundo** y **El arpa y la sombra** que, podríamos decir, preceden a la llamada nueva novela histórica, de gran auge en los años noventa. Esta tendencia novelística propone una lectura distinta de la Historia latinoamericana y marca una ruptura con la denominada Historia oficial, que tiende a mitificar a héroes, próceres y a la hegemonía política, a las clases gobernantes. Tal es el caso de la obra de Tatiana Lobo, Saer, Pasos, **Castigo divino** de Ramírez Mercado, **El pavo real y la mariposa** de Alfonso Chase, por ejemplo, que invita a una relectura de la Historia conocida por medio de textos escolares y que subyace inscrita en la memoria colectiva. Esta nueva novela, sin embargo, debe realizar una adecuación realista para presentar ambientes, situaciones, hechos y personajes de una realidad pasada, por lo general muy distante, y lograr que ese universo sea parte del mundo textual y reactive al lector. En este aspecto, el dilema del novelista podría plantearse en el manejo de los datos en relación con el punto de vista poético: ¿estaría supliendo poéticamente hechos no consignados por la Historia? La literatura crea mundos o historias con cierta referencialidad y en este sentido su discurso no necesariamente se sustenta en lo verificativo de carácter extratextual.

Carpentier ha remarcado el peso de la historia sobre el presente latinoamericano, lo cual asociamos a una búsqueda de identidad a partir de hurgar en las raíces de nuestra Historia. En este sentido, la literatura ha cumplido una misión que algunos historiadores reconocen: «con el paso del tiempo, la evolución de la investigación histórica ha determinado que las formas de reconocer el pasado son más factibles de encontrar en el creador o recreador de ambientes, en el novelista, que en el historiador» (Carlos Meléndez, 1994). Así, el puente entre el pasado y el presente puede construirse desde la pluma del historiador o desde la del novelista, de allí que sería casi imposible atribuirles una plena objetividad; ambos le dan vida al pasado, lo reconstruyen, arman el rompecabezas pero utilizando sus piezas de distinta manera: el que ejerce de historiador tratará siempre de que todas calcen exactamente; el literato podría suplir las piezas faltantes o las que no logre acomodar, o bien,



reemplazar algunas de ellas, tal y como lo presenta S. Menton, al caracterizar la nueva novela histórica: deformación consciente de la Historia, el carácter ficticio o fabuloso de los personajes, la intertextualidad, lo dialógico, lo carnavalesco, la multiplicidad de discursos y la parodia (Seymour Menton, 1993). De hecho, los recursos de la

nueva novela histórica difieren de los utilizados por la novela histórica tradicional que, a semejanza de la Historia, asume el pasado desde el pasado y respeta el tiempo cronológico. La nueva novela histórica tiende a visualizar el pasado desde el presente y a manejar el tiempo simultáneo por encima del cronológico.

Al leer una novela histórica, nos encontramos ante un texto que nos muestra una reescritura de la Historia y, por consiguiente, ante la posibilidad de una relectura donde el discurso de la Historia cede ante el discurso literario. En Latinoamérica, la nueva novela histórica constituye un género que remite a una revisión del pasado, a un reencuentro con los hechos que determinaron la construcción de nuestra identidad, y a una revaloración de lo autóctono en relación con la visión del otro. La memoria histórica se redimensiona, y el olvido cede ante la mirada crítica que nos ofrece la novela histórica en sus múltiples posibilidades de lectura de la realidad pasada.